LA NARRATIVA PERUANA HOY*

Edgardo Rivera Martínez

El cuadro que ofrece la literatura peruana de fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, puede ser caracterizado en términos de un cierto retraimiento a temas y modalidades nacionales, en buena medida al margen de las secuelas del *boom* latinoamericano de los años sesenta; de una notable productividad global; y de un cierto y escalonado reciclaje de formas que, en mayor o menor grado, no son ya prevaletentes en la modernidad internacionalizada.

El retraimiento a que me he referido no es sin duda fenómeno exclusivo del Perú, y se debe sin duda, entre otras causas, a un cierto cansancio ante modos y efectos propios del *boom* y de sus prolongaciones o continuadores. Se diría que hay más bien una búsqueda múltiple y a menudo divergente de nuevos caminos, no sólo individuales sino también de grupo. Se puede decir en tal sentido, en lo que concierne a mi país, que no hay narradores que trabajen significativamente en la línea general marcada por la novelística de Mario Vargas Llosa. Lo cual no quiere decir, por cierto, que se ignoren las solicitaciones de la modernidad, ni que se desdeñen los requerimientos del éxito.

Cuando me refiero a una gran productividad pienso en la inquietud, a menudo febril, que se da no sólo en Lima, sino también en provincias, y no sólo entre gentes iniciadas y vinculadas con la literatura, sino también en sectores relativamente alejados. Puedo dar testimonio de ello, sobre todo si efectúo una comparación con lo que sucedía en el Perú en mis años de juventud. Es indudable que el empobrecimiento que sufrimos, acentuado desde la segunda mitad de la década anterior, y agravado casi hasta la catástrofe en los últimos tres años, ha cerrado numerosas vías de compensación y ascenso social, lo cual, eventualmente, favorece el ensayo de salidas alternativas, por aleatorias que puedan ser, incluyendo entre ellas la literatura. Es innegable, asimismo, que el caso de los autores del *boom*, o de peruanos como Alfredo Bryce y Ribeyro, refuerza en muchos jóvenes la creencia de que por esa vía se puede alcanzar celebridad y riqueza. Mas es verdad, también, que a esas motivaciones se añaden las que surgen de una situación tan conflictiva y angustiante como la que vivimos en el Perú, y que, como

(*) Exposición ofrecida por el autor en The Wilson Center de Washington DC en mayo de 1984.

ha sucedido con otros países y épocas de la historia, suscita un humus, por así decir, favorable y estimulante, por extraño que parezca, para la creación literaria. Y actúa además, por cierto, ese efecto de contagio psicológico, que por inasible que sea, no deja de ser una realidad. Agréguese también la influencia de los concursos literarios, curiosamente numerosos, y la ligazón que entre los estudiantes universitarios se da de hecho entre las inquietudes cognoscitivas y políticas, por un lado, y las expresivas, por otro. En cuanto profesor, y miembro de jurado de concursos de cuento, puedo mencionar en tal sentido que sólo en la Universidad de San Marcos a pesar de la pobreza y de la desorganización, han aparecido, en un lapso menor de 6 años, más de 10 revistas literarias estudiantiles, número proporcionalmente muy alto dada la situación presente. Asimismo, en los concursos de cuento de la revista *Caretas*, que son ahora los más importantes, se han presentado casi 2,000 aspirantes en cada certamen. En provincias, de igual modo, abundan los pequeños cenáculos que han formado jóvenes estudiantes y trabajadores, que editan muy modestas pero tenaces revistas de narración y de poesía.

Cuando se habla de reciclaje tenemos en cuenta ese complejo proceso en virtud del cual se contraponen en la literatura peruana dos corrientes, una orientada hacia la adopción y seguimiento de la modernidad internacionalizada, y expresada en textos de sofisticados códigos; otra orientada hacia el rescate de lo autóctono. Pues bien, en la literatura urbana, preocupada por la modernidad, se escriben sin duda textos de originalidad y valor, pero también otros que repiten —reciclan— formas y modos que tienen ya poca vigencia en las corrientes hegemónicas. Esas formas son a su vez repetidas, con frecuencia, en la literatura de provincia, y en la de los sectores marginales de Lima, a destiempo y sin mayor calidad, aunque no necesariamente sin funcionalidad, en una especie de reciclaje segundo. Tal fenómeno, desde luego, no es privativo del Perú, sino que se da también en otras naciones. Y no es por cierto el hecho anecdótico lo que interesa relevar, sino la presencia de ese tipo de articulación, homólogo claro está de otros de carácter cultural y económico.

Se perfila mejor así, esperamos, el carácter plural de la literatura peruana. Totalidad contradictoria, como la definió Antonio Cornejo Polar. Conjunto de diferentes maneras, inmerso en un devenir histórico de varias, pero no siempre concordantes corrientes, en su *tempo*, en su entrelazamiento, en sus consecuencias. Más aún si tenemos en cuenta que no sólo tenemos esa literatura en español, con los diversos subsistemas que de uno u otro modo comprende, sino también las literaturas en lenguas aborígenes —quechua, aymara, idiomas de la floresta amazónica—, que empieza a abandonar, tímida pero prometedoramente, su vieja oralidad. Síntoma revelador y saludable, todo ello, ya que en el fondo hemos sido y somos un país multinacional.

Ahora bien, mirando las cosas desde otro ángulo, es conocido el crecimiento que en los países del Tercer Mundo ha registrado la economía informal. El Perú, es, precisamente, uno de los que más elevados coeficientes presenta al respecto, hasta el punto de que en muchos sectores ha sobrepasado, en cifras globales co-

mo en gravitación, a los formales. Tal situación acarrea, por supuesto, serias y contradictorias consecuencias. Entre ellas una necesidad de reformular los procedimientos de análisis y de enfoque, si es que se quiere captar bien la especificidad y la funcionalidad de esos sectores no formales, en el marco de una economía nacional en crisis. Se nos ocurre, a la vista de ese fenómeno, que algo semejante —de algún modo semejante— acontece en la literatura. Pues al lado de una producción formalizada, en términos de géneros, preocupación por la modernidad, técnicas empleadas, ediciones y difusión por los circuitos ordinarios, ha hecho su aparición, paso a paso, una literatura de carácter a la vez periférico y marginal, producida y vigente fuera de los canales y círculos más o menos institucionalizados. Producción que se caracteriza según se desprende de lo expuesto hace un momento, por una notoria variedad de temas, de técnicas, de concepciones, algunas en desuso, pero que a pesar de ello o quizás precisamente por ello, exhiben una incuestionable vitalidad. En lo material se ofrecen en ediciones muy modestas, artesanales, de fortuna, basadas en el uso intensivo de lo que en el Perú se llama “cartoncillo” y aquí en los Estados Unidos “offset paper plates”, y a veces también del *stencil* y del mimeógrafo. Este sector *informal* demanda, como decíamos, una adecuación de enfoques críticos y un capítulo ad hoc de la sociología de nuestra literatura.

En el extremo opuesto a esa producción informal está, por supuesto, las figuras y las obras de los autores consagrados. Mario Vargas Llosa ocupa, no hay necesidad de insistir, el primer lugar. Autor de una novelística de muy alta y reconocida calidad, es además en mi patria una figura pública, como lo es también en el exterior. Más aún, últimamente ha sido además figura política, y candidato incluso al cargo de Primer Ministro. Y, no obstante, su actuación en el caso de los ocho periodistas peruanos muertos en las punas de Uchuraccay, como miembro de la Comisión Investigadora nombrada por el gobierno de Belaúnde Terry, y sus declaraciones y artículos ácidamente críticos de las posiciones y hombres de izquierda, le han granjeado no pocas enemistades, aunque en lo literario sigue siendo figura muy respetada. En un plano de menor notoriedad internacional, se situó Manuel Scorza, fallecido hace algunos meses, y se sitúan también Alfredo Bryce y Julio Ramón Ribeyro. Este último, precisamente, congregó hace unos días una verdadera muchedumbre en el auditorio donde participó en una Mesa Redonda y sustentó una conferencia sobre su obra. Hay poetas, igualmente, que gozan de gran nombradía pero que no tienen, por razones que también obran en otros países, esa destacada figuración que tienen los narradores.

Conviene detenerse en un hecho asaz significativo. El hecho de que el éxito literario en mi país, el verdadero éxito, requiere de un reconocimiento en el extranjero, concretamente en España y Francia. Se diría que ese reconocimiento por parte de la crítica vinculada con la modernidad internacionalizada cumple una función casi mágica. Hay excepciones, sin duda, pero esa suerte de norma es una objetiva realidad que deben tener en cuenta los escritores particularmente preocupados por el triunfo y la fama.

Pues bien, las opciones fundamentales que se le ofrecen al escritor en una sociedad como la peruana son, como hemos adelantado, o bien cultivar los temas, las técnicas y modalidades preferidas por la modernidad internacionalizada, o bien centrar su quehacer en los temas y el rescate de lo autóctono. El riesgo, en el primer caso, es el de una mayor o menor alienación, y el divorcio con las realidades sociales del propio país; en el segundo, verse confinado en lo que la crítica establecida califica peyorativamente como 'literatura tradicional' o 'regional'. Entre ambos extremos caben, por supuesto, numerosas y matizadas posiciones intermedias. Juan Rulfo ofreció, en la literatura mejicana, un ejemplo admirable en tal sentido, pues concilió formas nuevas —la estructura, principalmente— con un mundo rural— personajes, espacios, habla, creencias— que resulta así recreado de una manera inéditamente expresiva e intensa. José María Arguedas, en mi país, se halla más cerca, obviamente, de la opción segunda, y nos ofrece el atractivo adicional de una visión desde dentro, del mundo andino. La inserción de cada autor en el espectro así desplegado, dependerá de una serie de factores, unos originados en su familia, su lugar de nacimiento y formación, su status social, etc. —y otros en su idiosincracia y su posición ideológica.

Podríamos preguntarnos, para terminar, cuál ha de ser el derrotero de la literatura peruana en los años que vienen. No puede haber, por cierto, una respuesta concreta, y menos aún precisa, a tal interrogación. Se puede adelantar sí una hipótesis general sustentada en la evolución reciente y en el estado actual de nuestras letras. Señalar que se va definiendo ya, a pesar de la pluralidad a que nos referíamos, una literatura del Pacífico andino, para emplear una designación usada por Alejandro Losada y a la que hay que conceder ya un alcance cada vez más concatenado y diferencial. En su seno seguirán coexistiendo, desde luego, tendencias disímiles y hasta contrapuestas. Una literatura de centro, en primer lugar, orientada hacia el exterior, y, más específicamente, hacia las corrientes de la modernidad internacionalizada. Una literatura de periferia, igualmente, en seguimiento mayor o menor de los patrones y gustos establecidos por el centro que es Lima. Y literaturas regionales y autóctonas, en buena medida orales. Prevalecerá, como es lógico, la literatura en español, pero poco a poco se afirmarán las expresiones en lenguas vernáculas. Se da y se seguirá dando, en la literatura urbana, un neo-cosmopolitismo, si nos atenemos a la terminología empleada por Mariátegui. De algún modo se da también un neo-indigenismo. Esos diferentes registros, sin embargo, y cualquiera que sea la calidad que alcancen las realizaciones individuales, no son ni serán obstáculo para la continuación de esa tarea que es la construcción de una literatura de veras nacional, entendida como un proceso y un sistema funcional de sistemas menores, por definición no aferrada a un nacionalismo miope, sino sustentada y nutrida por la realidad global del Perú, en su diversidad de espacios geográficos, sociales, culturales, y en sus diferentes tiempos históricos; abierta, también con sentido crítico, a las corrientes y sollicitaciones del exterior su construcción es tarea indesligable, por cierto, de la afirmación y consolidación de nuestra personalidad nacional.